



PLÁTICA IX.

SOBRE LA GLORIOSA RESURRECCION
DE JESUCRISTO.

La cruz en que murió el Salvador, dice el Apóstol, vino á ser un asunto de escándalo para los judíos, que miraban como impiedad que el Mesías fuese condenado á un suplicio tan ignominioso. Los gentiles al principio la miraban como una insensatez y una locura; juzgando por necedad adorar á un hombre, á quien los sacerdotes y escribas de su nacion habian hecho morir en un suplicio vergonzoso, y en medio de dos ladrones, como sus discípulos mismos confesaban. Pero por mas ignominiosa que consideren la muerte del Salvador, mas gloriosa debe representárseles su resurreccion.

“Ésta, dice un sabio apologista, fue de un género totalmente diverso de la del jóven de Naim y la de Lázaro. Éstas y otras muchas se obraron por una voz extraña, que tenia derecho de dominio sobre la vida y la muerte. Mas cuando Jesucristo salió del sepulcro ninguna mano agena, ninguna voz sensible vino en su socorro. Él mismo resucitó por su propia virtud; es decir, por la de Dios, que en él habitaba, y esto al tercero dia, como lo habia anunciado por sí y por sus profetas.”
¿Qué excusa podrá alegar para su incredulidad el judío, que tiene á su vista y cree el antiguo testamento, donde con tanta claridad está anunciada la resurreccion del Mesías, despues de haber muerto ignominiosamente para la redencion de Israel? Oid algunos de estos testimonios irrefragables.

“Con mi voz, dixo el Señor por David, con mi voz clamé al Altí-

simo, y me oyó desde su monte santo. Yo me dormí, estando como soporado por algun tiempo, y me levanté, porque el Señor me amparó.... Mi corazón se alegró, y se regocijó mi lengua, y mi carne ademas reposará en esperanza, porque no dexarás mi ánima en el infierno, ni permitirás que tu Santo vea la corrupcion. Me has hecho conocer los caminos de la vida: me colmarás de alegría con tu rostro; y gustaré eternamente de las delicias de tu diestra.... Vos sacaste del infierno mi ánima: me salvaste de los que descenden al lago.... Mis enemigos decretaron la injusticia contra mí. Dixerón: ¿el que duerme no podrá levantar? Pero tú, Señor, ten misericordia de mí, resucítame, y les daré su merecido. ¡Cuántas tribulaciones me han hecho probar! Mas vuelto á mí, me has dado vida, y me has sacado otra vez de los abismos de la tierra...." ¿Puede

esto por ventura aplicarse á David en un sentido genuino?

Oid ahora á Isaías: "en este monte, dice, deshará la faz del lazo atado sobre todos los pueblos, y la tela que urdió (el pecado original y los actuales) sobre todas las naciones. Despeñará á la muerte para siempre. A lo cual alude San Pablo cuando dice, que la victoria (de Jesucristo) absorvió á la muerte (eterna por el pecado). Enxugará el Señor, sigue el profeta, las lágrimas de todo rostro, y quitará de toda la tierra el oprobrio de su pueblo, porque el Señor lo dixo, y dirá en aquel dia: mira que este es nuestro Dios: lo hemos esperado, y nos salvará: este es el Señor, lo hemos aguardado con paciencia, nos gozaremos, y nos alegraremos en su salud."

¿Hubiera el Mesías muerto sobre la cruz, destruido para siempre la muerte de nuestras almas, si no hu-

biese resucitado glorioso, para asegurarnos, dice un sabio, que algun día resucitaríamos nosotros semejantes á él? ¿Cómo sabríamos que triunfó de la muerte, si se hubiera convertido en pasto de gusanos y en polvo del sepulcro? El profeta no dexa duda alguna sobre la aplicacion de estas palabras á Jesucristo. "Él es á quien el mundo esperó por espacio de cuatro mil años: él es el que venció la muerte y el infierno sobre el monte de Jerusalén ó Calvario: él quebró las cadenas y rompió las redés que nos detenian cautivos baxo el imperio del demonio: él es á quien todas las naciones reconocieron por su Dios: el que enxugó las lágrimas y borraró el oprobrio que las humillaba; él finalmente es quien los colmó de alegría, por la salud, la gracia y la adopcion que les procuró." Con respecto á estos altísimos fines habia anunciado el mismo profeta, que el

sepulcro del Mesías seria glorioso: *et erit sepulchrum ejus gloriosum.*

Estas mismas ventajas promete el Señor á los verdaderos israelitas por su profeta Oseas. Se apresurarán, dice, á recurrir á su Dios en el exceso de su afliccion. Él, dirán, nos castigó y nos sanará; herirá y nos curará. Nos dará la vida despues de dos dias; al tercero día nos resucitará, y viviremos en su presencia. Yo los libraré del poder de la muerte, añade el mismo profeta. Yo los redimiré de la muerte (eterna). ¡O muerte! yo seré tu muerte. ¡O infierno! yo seré tu ruina. La muerte pues del Salvador con la resurreccion absorvieron la muerte eterna que nos esperaba, y arruinaron el imperio de sataná. En efecto por la resurreccion debia hacerse el discernimiento de los electos y de los réprobos.

Oigamos hablar al Señor por su profeta Sofonías. *Esperame*, dice,

en el día venidero de mi resurreccion, porque mi determinacion es recoger las naciones y reunir los reinos. Derramaré sobre ellos mi indignacion.... porque el fuego de mi zelo devorará toda la tierra. Porque entonces daré á los pueblos labio escogido, para que todos invoquen el nombre del Señor, y le sirvan baxo el mismo yugo. Este discernimiento que ha de consumarse el día de la resurreccion universal empezó á manifestarse poco despues de la resurreccion de Jesucristo. Entonces, como reflexiona un sabio, vimos permanecer á unos baxo el anatema de las tinieblas, de la impiedad y de la corrupcion, que atraian la indignacion del cielo. Vimos á otros, que abandonaron el culto figurativo de Moisés, ó el que daban á los falsos dioses, mirando con horror los vicios con que se les honraba. Vimos al mismo tiempo á los nuevos cristianos, que abrazaron con zelo el

culto y el yugo del Señor, que á toda costa se gloriaban de la religion, mirando como sus delicias la virtud, y exponiendo voluntariamente su vida en defensa del resucitado.

“Aunque estos oráculos, dice San Agustin, estaban llenos de obscuridades cuando los proferian los profetas, por estar aún remoto su cumplimiento; ¿quién no ve ya que todo está consumado? Leed las escrituras, si quereis saber lo que encierran. Leed lo escrito sobre toda la faz del universo, si quereis ver la verdad. Para leer en los sagrados libros, es menester ser instruidos; pero el mas simple ó ignorante de los hombres puede ver cumplidos los oráculos y leerlos en el libro del universo: *liber tibi sit orbis terrarum, ut hæc videas.*”

Mas si los oráculos del viejo testamento sobre la resurreccion del Salvador os parecen aún oscuros,

escuchad los del nuevo, que son bien claros. Habiendo los escribas y fariseos pedido á Jesucristo un milagro que acreditase su conducta, les dice: *esta generacion mala y adúltera quiere ver un prodigio; pero no se le concederá otro que el del profeta Jonás; porque al modo que Jonás estuvo tres dias y tres noches en el vientre de la ballena, así tambien el Hijo del Hombre estará tres dias y tres noches en el seno de la tierra.... Y hé aqui es mas que Jonás.* Hablando en otra ocasión del templo de su cuerpo, como consta del evangelio, dixo Jesus á los judíos: destruid este templo, y dentro de tres dias lo reedificaré. Expresion figurada y emblemática, con que quiso significar su muerte y su resurreccion al tercero dia: *solvite templum hoc, et in tribus diebus excitabo illud.... Ille autem dicebat de templo corporis sui: cuya alegoría no entendieron los discipu-*

los hasta que resucitó su Maestro; y los judíos entendiendo las palabras segun la corteza, por el templo de Jerusalén, formaron de ellas una acusacion contra el Salvador ante el tribunal de Caifás.

Tan irrefragables son las pruebas de la resurreccion de Jesucristo, que no se han atrevido á negarla ni aun los mismos arrianos; porque ademas de los testimonios alegados, hay tal número de testigos presenciales, que conversaron con el Salvador resucitado, que se degradaría de racional el que osase negar el suceso. Solo los judíos, resistiendo á la evidencia de los hechos, han osado negar este misterio, tantas veces anunciado por sus profetas. Exemplo infeliz, que han adoptado los incrédulos de nuestros dias, por oponerse á todo lo que es religion y culto. Como hablo á un pueblo católico, que abriga en su mente y en su corazon la fe de sus pa-

dres, me creo dispensado por ahora de hacer la apología de estas verdades, y rebatir los paralogismos y delirios de estos falsos críticos, ignominia del género humano, como segun mi debilidad lo he manifestado en algunas de mis obras anteriores.

Baste por ahora no perder de vista el testimonio de S. Pablo á los corintios. "Desde el principio, les dice, os enseñé lo mismo que habia aprendido; que Cristo murió por nuestros pecados, segun las escrituras; que fue sepultado y resucitó al tercero dia, segun las escrituras; y que se apareció á Cephas, y despues de esto á los once (apóstoles). Despues fue visto por mas de quinientos hermanos, estando juntos; de los cuales aún hoy dia viven muchos, y otros son ya muertos: despues apareció á Santiago, y luego á todos los apóstoles; y al postrero de todos, como á un aborto, me

apareció tambien á mí, porque yo soy el menor de los apóstoles, porque no soy digno de ser llamado apóstol, por haber perseguido la Iglesia de Dios... Y si se predica que Cristo resucitó, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurreccion de muertos? Pues si no hay resurreccion de muertos, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, luego vana es nuestra predicacion, y tambien es vana vuestra fe. Y si somos asimismo hallados por falsos testigos de Dios, porque dimos testimonio contra Dios, diciendo que resucitó á Cristo, al cual no resucitó, si los muertos no resucitan; porque si los muertos no resucitan, ni Cristo resucitó; pues si Cristo no resucitó, es vana vuestra fe, y estais aún sumergidos en vuestros pecados; luego tambien perecieron los que durmieron en Cristo; si solo pues en esta vida esperamos en Cristo, somos los mas miserables

de todos los hombres. Mas ahora Cristo resucitó de entre los muertos, primicias de los que dormian, porque por el hombre entró la muerte, y por el hombre la resurreccion de los muertos; pues como todos mueren en Adán, asi tambien serán todos vivificados en Cristo.”

¿Es raciocinio éste, dice un sabio apologista, de un ingenio débil, crédulo, y capaz de ser seducido á la primera insinuacion de los apóstoles, y pasar súbitamente de un extremo á otro opuesto en materia de religion? ¿Permiten los escritos ni la conducta de S. Pablo, que se le atribuya esta debilidad? ¡Ah! su espíritu recto, sólido, agudo y penetrante nos hace admirar en su persona un hombre, á quien la luz del cielo y la evidencia de los hechos han obligado á rendirse; un hombre, que ha creído la resurreccion de Jesucristo, porque ha visto en él todos los caracteres del Mesías,

cuya muerte y resurreccion habian anunciado los profetas; porque se ha manifestado á mas de quinientos testigos en diferentes ocasiones, y aun á él mismo, con todas las demas razones irrefragables que incluye en su discurso. Es pues inegable que nuestro Redentor resucitó por su propia virtud al tercero dia de entre los muertos, como primogénito de ellos, que conversó despues con sus discípulos, hablandoles del reino de Dios, de la gerarquía y economía de su Iglesia, zanjándola sobre unos fundamentos tan sólidos é inexpugnables, que prevalecerán hasta el fin de los siglos contra todas las potestades del infierno. Concluida su mision sobre la tierra, nos enseña el símbolo, que subió á los cielos á sentarse á la diestra de su Padre. Pero de este misterio en la siguiente



PLÁTICA X.

SOBRE LA ADMIRABLE ASCENSION
DEL SEÑOR.

Concluida por Jesucristo la obra de la redencion del hombre por medio de su pasion y muerte, estaba en el órden de los decretos divinos subiese á dar cuenta al Padre que lo habia enviado, del cumplimiento de su mision, y á gozar de la gloria que habia adquirido en quanto Hombre. A esto se reduce el presente artículo. Acerca de lo cual pueden ocurrir á nuestra imaginacion tres cosas. La primera: ¿cómo subió á los cielos? La segunda: ¿á qué fin subió? La tercera: ¿qué lugar ocupó? Expongamos estos tres puntos para inteligencia del misterio y consuelo de nuestra peregrinacion.

En primer lugar, para entender cómo subió Jesucristo á los cielos, tengamos presente lo que sobre este punto nos dice la sagrada escritura. Esta nos enseña, que resucitado el Señor, permaneció por espacio de cuarenta dias sobre la tierra, manifestándose varias veces á sus apóstoles, instruyéndolos en lo que debian hacer para la conversion del mundo, y que el último de estos cuarenta dias, habiéndolos juntado con sus discípulos y su santísima Madre, viéndolo todos, se elevó por sí mismo; una nube lo envolvió y ocultó á la vista de todos. Subió pues á los cielos por su propia virtud, sin necesitar de apoyo alguno. Es verdad que subia acompañado de innumerable multitud de ángeles y de las almas dichosas que habia sacado del limbo. Pero todo este aparato servia únicamente de hacerle corte, y celebrar el triunfo que acababa de conseguir de sus ene-

migos. Ni esto es de extrañar, porque estando su cuerpo unido á la divinidad, el que aún viviendo en carne mortal, á pesar de la gravedad de su cuerpo, pudo sostenerse por sí mismo para andar sin entivo por el mar; mucho mas facil le era hacer que subiese por los aires su cuerpo sutil ya y glorificado. Sea esto dicho para nuestra ruda inteligencia; pues para Jesucristo todo le era igualmente facil, sin que en tiempo alguno le podamos desnudar del atributo de Omnipotente.

Al ver á Jesucristo triunfante, introduce Isaías á los ángeles clamando, segun los padres: ¿quién es este que viene de Edom y de Bosra (capital de Idumea), teñidos sus vestidos de sangre? ¿Quién es este hermoso, adornado con su estola, que marcha con tanta fortaleza? ¡Ah! Yo soy, responde, el que obro en justicia, y el Salvador del género humano. Abrid pues, ó

príncipes, las puertas, les dice por David, y entrará el Rey de la gloria. ¿Quién es este Rey de la gloria? dicen. El Señor de las virtudes, repone el real Profeta, es el Rey de la gloria. No quiso David decir con esto, que fuese necesario que los ángeles abriesen las puertas del cielo para que entrara Jesucristo. Bien sabia que el Señor debia penetrarlas, sin que nadie las abriese. Mas describe esta gloriosa entrada al modo humano, dicen los padres, para enseñarnos que las puertas del cielo, desde el pecado de nuestros primeros padres, en que todos incurrimos, hasta aquel momento, habian estado cerradas, hasta que las penetrase el primogénito de los muertos y el primero de los vivos. Tampoco ignoraban los ángeles quién fuese este Rey de la gloria, su Criador, su Dios y su Señor, en cuya natividad temporal habian cantado la gloria y la

paz á los hombres, á quien habian suministrado alimento en el desierto, á quien habian acompañado durante su vida, á quien habian confortado en la agonía &c. Esta pregunta pues se dirige únicamente á excitar nuestra atencion, á confirmar nuestra fe, á estimular nuestra gratitud á las misericordias del Señor y encendernos en su amor.

II. Ni debeis perder de vista el fin para qué subió Jesucristo á los cielos. S. Pablo dice, que el Salvador se humilló á sí mismo, obediente hasta la muerte afrentosa de una cruz; por lo cual Dios lo exáltó, y le dió un nombre superior á todo nombre, para que en el nombre de Jesus hincen todos las rodillas, en el cielo, en la tierra, en los infiernos, y que confiesen todos, que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre. Ni olvideis que el mismo Salvador, despues de haber resucitado dixo á sus discipu-

los: ¿por ventura no convino que Cristo padeciese todos estos tormentos, para entrar asi en su gloria?

Todo esto es de fe. Pero no fue este el único fin de su ascension. Subió no solamente para su gloria, sino al mismo tiempo para nuestro bien. Subió á las alturas, é hizo mercedes al linage humano. El mismo Señor habia dicho á sus discípulos: os conviene que yo me vaya, porque si no fuere, el Paraclito no vendria sobre vosotros; pero si me voy, os lo enviaré... Cuando venga aquel Espíritu de verdad os enseñará toda verdad... y os anunciará las cosas futuras. El cumplimiento exácto de esta promesa se verificó el día de Pentecostés, en que el Espíritu Santo descendió en lenguas de fuego sobre los apóstoles y discípulos, que estaban todos congregados.

¡Qué adorables son, señores, las misericordias de nuestro divino Re-

dentor! No contento con haber deramado su sagre por rescatarnos del pecado, nos envia otro Consolador, para que con su gracia y dones confirme nuestra fe, solide nuestra esperanza é inflame nuestra caridad, alma y nervio del cristianismo. Y para apartar de ellos, que nos representaban á los demas fieles, toda especie de tristeza por su ausencia, les dice: mirad que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos: *ecce Ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem sæculi*. Asi lo verificó quedándose entre nosotros en el augusto Sacramento de nuestros altares; y no solo esto, sino que desde el momento de su gloriosa ascension intercedió por nosotros ante su Padre celestial; pues como dice S. Juan á sus discípulos: hijos mios, si alguno pecare, no desconfie, porque tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo justo; y S. Bernardo

añade, que muestra al Padre sus llagas, para manifestarle que de órden suya las recibió para redimirnos. Alabada sea, ó mi Dios, vuestra misericordia.

III. En órden al lugar que Jesucristo ocupa desde su ascension al cielo, nos enseña la fe, que está sentado á la diestra de Dios Padre. Sobre cuya inteligencia debéis notar, que Dios, espíritu purísimo, ni tiene manos, ni pies, ni cuerpo, ni cosa alguna material; que su inmensidad, sin ocupar lugar, todo lo llena; que en todas partes se halla su divinidad por esencia, presencia y potencia, y que en Dios nos movemos, vivimos y somos. Sin embargo el real Profeta dice, que el sólio del Señor está en el cielo: *Dominus in cælo sedes ejus*; ya sea porque el cielo es la parte superior y mas hermosa del globo, ó ya porque alli se manifiesta á los ángeles y bienaventurados. Dícese que está sen-

tado á la diestra de Dios Padre, para darnos á entender, que ademas de la gloria esencial que corresponde á su divinidad, posee la mayor en cuanto Hombre, como primogénito de los predestinados; y en calidad de Redentor, la posee superior á la de los ángeles y de los hombres. Dicese que está sentado á la diestra de Dios Padre, porque el mismo Jesucristo dixo á sus discípulos, que se le habia dado toda potestad en el cielo y sobre la tierra. Dicese en fin, que está sentado á la diestra de Dios Padre, porque desde el cielo, que es su sólio, ha de venir al fin de los siglos á juzgar á los vivos y á los muertos.

Esto será al fin del mundo; y en el momento terrible, en que segun el Apóstol, debemos comparecer todos ante el tribunal de Jesucristo á dar razon y cuenta de todas nuestras obras buenas ó malas, y aun de nuestros mas ocultos é íntimos

pensamientos, para recibir en cuerpo y alma el premio ó castigo eterno que háyamos merecido. Fallo inevitable y sin apelacion, dado por el Supremo de los jueces, infalible é inexorable en aquel momento. De esta suerte acreditará, que es remunerador del bien y del mal, juez íntegro, sin acepcion de personas, y esto á presencia de todo el mundo, para justificar su causa.

Notad de paso, que aunque todas las obras *ad extra*, como se explican los teólogos, y la autoridad de juzgar, convengan igualmente á toda la beatísima Trinidad, el juicio sin embargo se atribuye al Hijo, por el cual crió Dios todo el mundo; y asi nos dixo por S. Juan: el Padre á la verdad á nadie juzga, sino que dió todo el juicio al Hijo: *neque enim Pater judicat quemquam, sed omne judicium dedit Filio*. Mas como el Hijo de Dios tiene dos naturalezas; á saber, la divina y la hu-

mana, resta saber, si la autoridad de juzgar se le atribuye en cuanto Dios ó en cuanto Hombre. Acerca de lo cual nos dice el evangelista S. Juan: dió el Padre poder al Hijo para juzgar, porque es (sin dexar de ser Dios) Hijo del Hombre: *potestatem dedit ei iudicium facere, quia Filius Hominis est.* Acerca de lo cual dan los doctores la razon siguiente: como muchos de los que han de ser juzgados son reos de pena eterna por sus graves culpas, no pueden ver á Dios en su esencia, lo que es únicamente concedido á los bienaventurados, será conveniente; que el juez sea visible á todos, y no todos pueden ver la divinidad, en que consiste la bienaventuranza. Ademas, Jesucristo dice: no os maravilleis de que os dixé, que el Hijo del Hombre ha de juzgar al mundo; porque en el juicio han de comparecer todos en cuerpo y alma; y pues el juicio ha de ser

corporal y sensible, conviene que el juez sea tal, que todos puedan verle con los ojos corporales, y oír su voz.

Resta solo, señores, que nos preparemos en tiempo para este terrible dia, en que debemos comparecer todos ante el tribunal de Jesucristo, no ya como expectadores, sino para darle cuenta de nuestra conducta, y á oír el fallo de nuestra sentencia. La hora es incierta, pues la escritura nos dice, que vendrá el juez como el ave de rapiña, ó como el ladron, cuando menos lo pensemos. Y por quanto ignoramos el dia y la hora, nos reconviene el Señor que velemos y oremos por nuestra salvacion, para no ser sorprendidos. Nuestro destino desde aquella hora ha de ser eterno. Mientras tenemos pues tiempo, á que está anexo el precio de la eternidad, aprovechémoslo, y redimamos el perdido. Preparemos las lámparas

de nuestro corazon; es decir, la fe, la esperanza y la caridad: encendámoslas con el fuego del amor de Dios y del próximo, para no quedarnos fuera del convite eterno, como las vírgenes necias. Asi logremos oír en aquel día la dulce voz de Jesucristo: venid, benditos de mi Padre, á gozar el reino que os está preparado &c. Amen.



PLÁTICA XI.

SOBRE ESTAS PALABRAS DEL SÍMBOLO:
CREO EN EL ESPÍRITU SANTO.

Acerca de este artículo fundamental de nuestra religion, inefable é incomprehensible por sí mismo, ante todas cosas debemos humillar nuestras luces, y cautivar nuestro entendimiento, sin querer escrutar la Magestad, ni profundizar sus secretos, para no ser oprimidos de su gloria, como muchos infelices, que queriendo sujetarlo todo á la debilidad de su razon, han apostatado de la fe de sus padres, negando la divinidad del Espiritu Santo. Bástanos pues creer, apoyados en las escrituras, en la tradicion y decisiones de la Iglesia, que el Espiritu Santo es la tercera Persona de